

BEATRIZ OSÉS



ERIK VOGLER

Y LA MALDICIÓN DE MISTY ABBEY-CASTLE

edebé

ERIK VOGLER

Y LA MALDICIÓN  
DE MISTY ABBEY-CASTLE



# ERIK VOGLER

Y LA MALDICIÓN  
DE MISTY ABBEY-CASTLE



BEATRIZ OSÉS

**edebé**

© Beatriz Osés García, 2015  
© de la edición: Edebé, 2015  
Paseo de San Juan Bosco 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

Diseño de la colección: BOOK & LOOK  
Ilustración de portada: Iban Barrenetxea

Primera edición, febrero 2015

ISBN 978-84-683-1541-6  
Depósito Legal: B.  
Printed in Spain


Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Reina, Alfredo e Iban.*

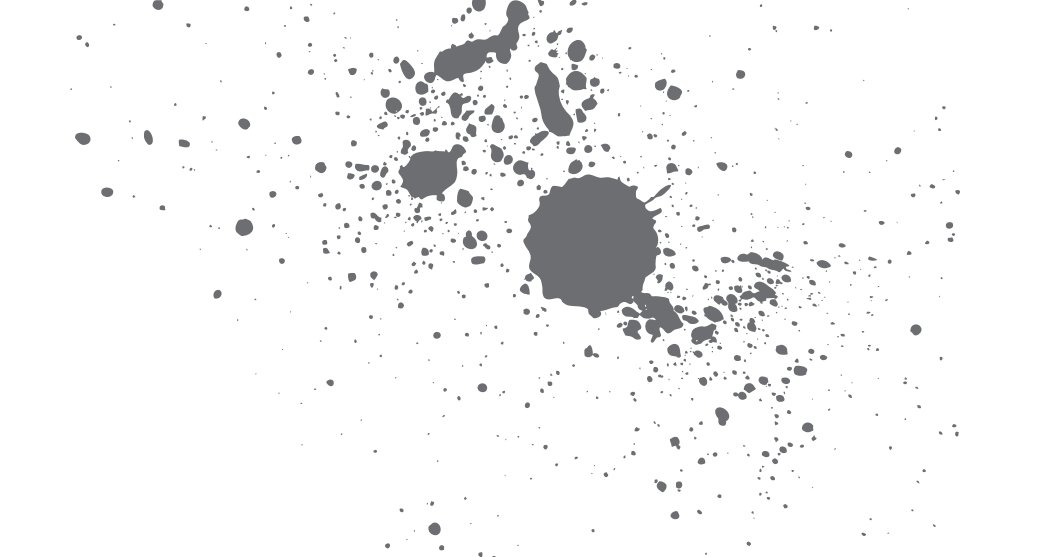


# ÍNDICE

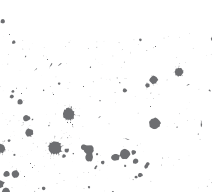
Capítulo I. Tumba para dos.....	11
Capítulo II. Feliz cumpleaños .....	15
Capítulo III. Descenso inolvidable.....	19
Capítulo IV. Malas noticias .....	23
Capítulo V. Un desafortunado accidente .....	27
Capítulo VI. El pasajero inesperado .....	31
Capítulo VII. Rumbo a Dublín .....	35
Capítulo VIII. Misty Abbey-Castle.....	39
Capítulo IX. El funeral de Leonard .....	43
Capítulo X. Un oscuro secreto.....	47
Capítulo XI. El retrato inquietante .....	51
Capítulo XII. La obsesión de Lord Wexford .....	55
Capítulo XIII. Las sospechas de Erik.....	59
Capítulo XIV. La revelación de Declan.....	63
Capítulo XV. Una visión en la tormenta.....	67
Capítulo XVI. El testamento .....	71
Capítulo XVII. Una herencia peligrosa.....	75
Capítulo XVIII. El socio de Leonard.....	79







Capítulo XIX. Mintiendo a su abuela.....	83
Capítulo XX. El invitado misterioso.....	87
Capítulo XXI. Más ajo, por favor.....	91
Capítulo XXII. Una larga noche .....	95
Capítulo XXIII. El candil de la chimenea.....	99
Capítulo XXIV. El medallón oculto.....	103
Capítulo XXV. La dama y el unicornio .....	109
Capítulo XXVI. En la cripta.....	115
Capítulo XXVII. Llamada de emergencia.....	119
Capítulo XXVIII. La identidad del señor Gallagher .....	123
Capítulo XXIX. Dentro del sarcófago.....	127
Capítulo XXX. La cruz celta .....	133
Capítulo XXXI. Una caída fatal.....	137
Capítulo XXXII. Dos fantasmas ofendidos .....	141
Capítulo XXXIII. La decisión de Vogler .....	145
Capítulo XXXIV. El monje atrapado .....	149
Capítulo XXXV. Interrogatorios.....	153
Capítulo XXXVI. Un regalo para Erik.....	157







## Capítulo I

# Tumba para dos

Al principio, todo era oscuridad. Erik Vogler abrió los ojos aturrido. ¿Dónde estaba? Alguien le había golpeado la cabeza y lo había dejado inconsciente. ¿Qué había ocurrido después? Intentó llevarse la mano izquierda a la frente, justo al lugar donde había surgido aquel tremendo chichón del tamaño de una ciruela. Al hacerlo, sintió un brazo helado junto a él y se quedó paralizado. Luego, escuchó una respiración profunda a escasos centímetros de su rostro.

Fue en ese instante cuando imaginó dónde se encontraba. Cerró los ojos con fuerza para espantar aquella terrorífica idea de su mente. ¡Imposible, imposible! No podía ser cierto... Al volver a abrir sus párpados, la oscuridad seguía allí. Levantó la palma de la mano derecha por encima del hombro. Le temblaban los dedos. Rozó el aire. Avanzó hacia arriba un poco más. Más aire. De pronto, su mano chocó contra la piedra húmeda del sarcófago. A duras penas, consiguió tragar saliva. ¿Cuánto tiempo sobreviviría dentro de aquella tumba? ¿Cuánto oxígeno quedaría en el interior?

De nuevo, volvió a notar el aliento de Albert Zimmer muy cerca de su cuello, igual que el aliento de un leopardo. Su respiración parecía tranquila y relajada como si estuvie-

ra enredada en un hermoso sueño. No tenía nada que ver con la del joven del chichón, que sonaba entrecortada, angustiada, al borde del ataque de pánico.

—¡¡No quiero morir!! —chilló con todas sus fuerzas estrujando el brazo de su compañero sin piedad.

Iba a morir. Tal vez a su compañero no le importase pero a él, sí.

—¡¡No quiero morir!! —insistió apretándole la nariz al percatarse de que no reaccionaba.

A pesar de que su deseo era permanecer dormido contemplando el delicado retrato de la chica, Albert no tuvo más remedio que abrir los ojos y apartar de un manotazo los dedos que apresaban su nariz.

—¿Se puede saber qué haces, Vogler? —protestó malhumorado.

Antes de que Erik fuera capaz de contestar, notó un intenso dolor en una de sus sienas y un potente olor a ajos podridos. Recordó la cripta y el violento golpe que le dejó sin sentido.

—¿Dónde estamos?

—¿Tú qué crees, Zimmer? —repuso resabidillo.

—... En la tumba de uno de los monjes —dedujo tocando el lateral de piedra.

—Atrapados —se lamentó—. Estamos atrapados... ¡Por tu culpa! —le acusó rabioso.

—Vogler, no es el momento.

—¡¡Y voy a morir!! —chilló espeluznado.

Albert Zimmer puso cara de resignación.

—Nunca deberíamos habernos acercado a ese retrato. Ya nos lo advirtió el mayordomo —recalcó Erik.

—¡Venga, hombre...! ¿Te sigues creyendo esa absurda historia?

—¡No es una absurda historia, Zimmer! ¡Mira dónde he-

mos acabado! –recordó furioso tratando de empujar sin éxito la pesada losa que los cubría.

–La maldición de Lady Brianna de Louth –le vaciló con voz terrorífica.

–¡Qué gracioso! ¡Eres tan divertido!... ¿Podrías ayudarme a abrir esto?

–Vale, vale.

Colocaron las palmas de las manos sobre la superficie de piedra que cerraba el sarcófago.

–¿Hacia dónde empujamos? –le preguntó Zimmer.

–Hacia la izquierda a la de tres. ¿Estás preparado?

–¡Sí!

–¡Una, dos y tres!

Apretaron los dientes con fuerza y empujaron. La vena del cuello de Erik se hinchó, tensa y ardiente, como si fuese a reventar. En la oscuridad, la mirada de Albert se dirigió al cuello del joven. ¿Tendría razón aquel friki de pelo engominado? ¿Iban a permanecer para siempre en la cripta de Misty Abbey-Castle? ¿Se quedarían encerrados allí durante siglos? Aunque se esforzaron, la piedra se movió apenas un milímetro. En el silencio, se escuchó el resoplido de Vogler, desalentado y abatido.

–¿Lo intentamos otra vez? –le sugirió Albert tratando de animarle.

–¡Es inútil! –exclamó en tono trágico.

–¿Tienes algo mejor que hacer?

Erik suspiró con añoranza. Se acordó de Bremen, de lo lejos que estaba de sus calles y de su hogar. Se suponía que iba a disfrutar de unos días libres, lejos de su padre y de su abuela. Le hubiera encantado pasear por Markplatz, sentarse en uno de sus cafés y hojear una revista de Paleontología. Sin embargo, los acontecimientos de los últimos días le habían precipitado a encontrar la muerte en Irlanda, en el

pequeño condado de Louth, no demasiado lejos de Drogheda, donde se alzaba el castillo que había sido propiedad de su tío Leonard Vogler.

—¿Quieres escapar o no? —le apremió Albert.

Por supuesto que quería escapar. Erik levantó los brazos y apoyó las manos en la cubierta del sarcófago. Contó de nuevo hasta tres. A la señal, volvieron a empujar pero no consiguieron nada. Lo intentaron durante los siguientes minutos hasta que Vogler se rindió.

—¡Nunca saldremos de aquí, Zimmer! —auguró—. ¡Estamos perdidos!

—Déjame pensar... ¡Saca tu móvil!

—Eh, sí, vale —contestó llevándose la mano al bolsillo derecho de sus pantalones Passion—. Casi no le queda batería.

—Al menos te permitirá hacer una llamada de emergencia.

—Voy a encenderlo. ¿Crees que tendré cobertura? Estamos varios metros bajo tierra y en un lugar perdido de Irlanda.

—No tenemos muchas más alternativas, Vogler.

—¿Y qué le contamos a la policía?

—Será un mensaje corto y claro. Les diremos dónde nos encontramos y el nombre del castillo de tu tío, el condado y la localidad más cercana. Les explicarás también cómo llegar a la cripta. ¿De acuerdo?

—¡No les dará tiempo a rescatarnos! —vaticinó—. ¿Cuánto oxígeno quedará aquí dentro?

—¡Tranquilízate! ¿Estás preparado?

—Nunca pensé que moriría por una maldición.

—¡Otra vez!...

—En el fondo —pensó en voz alta—, no solo es por tu culpa.

—¡Vaya!

—En realidad, todo esto empezó por culpa de mi abuela.